

Bernardo Leighton: Modelo de político y de hombre

Entre los múltiples acontecimientos que han agitado a nuestra patria y al mundo en estos meses hemos optado por recoger con veneración y respeto como tema de este editorial, la partida silenciosa de Bernardo Leighton, cristiano, político, hermano universal. Al volvernos a él quisiéramos no sólo evocar su figura y rendirle homenaje sino descubrir, en las huellas que dejaron sus pasos, el camino que Dios le indica a Chile.

Este hombre de apariencia y alma humilde nos dio una lección de servicio público, de fe consecuente y de fraternidad. Como fundador de su partido y militante, como parlamentario, como ministro de Estado, como vicepresidente, hizo gala de justicia, apertura, buen sentido y ponderación. En una cultura que sobrevalora el éxito económico y la ostentación, Leighton renunció a sus bienes, repartió sus tierras y vivió con extrema modestia y austeridad. Su tesoro estaba en otra parte.

Es tradición en Chile criticar a los políticos. Es bueno ahora tomar conciencia de que entre nosotros ha habido servidores públicos como Bernardo Leighton que dignifican su profesión. Cuando se ha hablado de corrupción, de abuso de drogas, el recuerdo de esta figura que sobrepasa los límites de un partido o de una ideología, es un estímulo y una llamada a la clase dirigente. ¿Habremos recogido con suficiente atención el legado de este hombre?

LA FUERZA DE LA FE

Formado en la escuela de Ignacio de Loyola, comprendió la importancia que la fe tiene para orientar toda la existencia. Su cristianismo empapó su vida personal y familiar. Formó con su esposa una pareja unida y tierna que dio un testimonio de fidelidad y de grandeza que Chile agradeció. Sin embargo, consecuente con la enseñanza recibida, supo que la fe no se reduce a la intimidad. Su profundo sentido religioso lo llevó a buscar caminos de servicio, de diálogo y de compromiso con la justicia.

Sin duda, el secreto del espíritu de Bernardo Leighton, su preocupación por los pobres, su honestidad y capacidad de perdón, echan sus raíces en una adhesión personal a Jesucristo. Quien silencia ese amor no puede captar lo más importante del mensaje que este hombre nos deja.

En un mundo secularizado y pragmático es bueno recordar que la política no se reduce a escaramuzas por alcanzar el poder y que la vida económica tampoco es sólo regateos de mercado. La búsqueda del bien común por encima del propio beneficio o del éxito de los partidos, supone convicciones éticas y religiosas profundas y ciertamente mucha virtud. Fácilmente la vida política entra en crisis si olvida su alma, la fuente que da energías y esperanzas, el nervio que permite formar a las nuevas generaciones y enfrentar sacrificios.

EL "HERMANO"

Se ha dicho que la Revolución Francesa se abocó a buscar la libertad y la igualdad olvidando la tercera de sus metas: la fraternidad. Construir la fraternidad humana es tarea pendiente. Por eso, el mejor signo de la actualidad de Bernardo Leighton es que todos

hayamos terminado reconociendo en él a un hermano.

Le tocó vivir momentos convulsionados. En su juventud experimentó en carne propia la división de los católicos y en sus últimos años, este hombre de diálogo sufrió el quiebre de la democracia que era su ambiente vital. Los acontecimientos de 1973 fueron vividos como una auténtica tragedia personal. En medio de las irracionales divisiones y empecinamientos que condujeron a esos hechos, don Bernardo fue percibido como un camino que conducía al diálogo.

Condenado al exilio, su sola figura era un reproche y un peligro para quienes pretendían extremar enemistades. La resistencia ética de este hombre y su capacidad de crear consensos, molestaba a quienes querían imponer una lógica de guerra sin cuartel. Una voluntad artera planeó entonces extirpar su irradiación. Las balas asesinas resonaron en Roma. Tirados en la calle, agonizantes quedaron Bernardo Leighton y su esposa. Allí como en imagen yacía Chile; se derramaba lo mejor de nuestra sangre, algo de lo más nuestro se escurría.

Pero, de cierta manera, en este hecho feroz comienza la reconstrucción del alma de la patria. La voluntad de perdón y reconciliación sellada con esa sangre, tuvo el efecto arrollador de la verdad. Esa pareja que quedó para siempre marcada por el dolor, que ya no fue más alternativa de poder, se llenó de autoridad moral para iniciar el arduo camino del perdón y la reconciliación. Ni una queja, ni un reproche... sólo perdón. Ahí vimos nosotros que la reconciliación era posible en Chile; que los ultrajados, los perseguidos eran capaces de detener la espiral de la violencia. Esa actitud valerosa en su impotencia, permitía mirar adelante y echar las bases de un Chile nuevo cimentado en el respeto al hombre, en los valores cristianos y no sólo en el poder de las armas o en el mero desarrollo económico.

El gesto admirable de perdón no puede dar pie a que la sociedad se desentienda. Por su propia subsistencia y salud, ella queda obligada a velar para que se imponga la justicia y tales hechos no se repitan más. Lo que las víctimas no hicieron por virtud, la sociedad ha de hacerlo por deber. Precisamente en defensa de víctimas inocentes que no quieren tomar revancha por sí mismas, la sociedad con ecuanimidad debe velar para que la justicia no sea una palabra hueca. Pesa sobre la conciencia civilizada de Chile y, en particular, de los políticos y los jueces, la inmensa deuda de investigar, sanar las heridas y restablecer el orden.

SUPERAR LOS SIMPLISMOS

La figura de Bernardo Leighton, político agudo y honesto, ayuda a recordar que el matiz, la ponderación, la prudencia, el diálogo son necesarios para acceder a la verdad. Hoy sabemos que en una sociedad pluralista es un don contar con personas tan firmes en sus principios como para ser capaces de discernir, de escuchar, de respetar y valorar la verdad que está en los otros. Hemos aprendido la lección de no excluirnos unos a otros, pues en Chile hacemos falta todos. Los políticos han madurado en la búsqueda de consensos. Nuestra historia nos enseña que la verdad no está hecha sólo de blancos y de negros. Ni competitividad desenfrenada ni solidaridad sin base. Ni pragmatismo estrecho ni falsas utopías. Ni encierro en la sola dimensión económica ni descuido de ese aspecto importante de la vida social. Ni estado omnipresente y asfixiante ni individualismo que nos vuelve a la jungla. Ni sólo la creación de riqueza ni sólo distribución, pues ambas dimensiones se complementan.

NUESTRO COLABORADOR Y AMIGO

En el primer número de nuestra revista aparece la firma de Bernardo Leighton. Su consejo fue importante para nuestro fundador. Al despedirlo, **Mensaje** se siente honrado de haber contado con este hombre ejemplar entre sus colaboradores y amigos. Será un deber nuestro mantener su memoria.

Mensaje,
20 de marzo de 1995